

## CAPÍTULO 1

### De cómo en el viejo reino de Anihabarad se perdió el don de la palabra

**E**n el viejo reino de Anihabarad, la gente había olvidado hablar.

Era un reino ignorado, perdido, como colgado del cielo en el gran valle de la cordillera de Naom, entre altas montañas milenarias cuyos pasos conocían solo los pocos que se atrevían a caminar por ellos, y tan lejos, tan lejos de cualquier otro presunto lugar habitado del mundo que el contacto se había hecho imposible para sus gentes, por la distancia y por razón de su propio aislamiento.

El motivo de que allí nadie hablara, de que reinara el mayor de los silencios, se perdía en el pasado. Muchos, muchísimos años antes, un rey llamado Calib vivía feliz en el lugar, gozando de todos los dones y las satisfacciones que mortal

alguno pudiera desear. El rey Calib tenía una esposa maravillosa a la que amaba con devoción y por la que era amado en la misma medida, siete hijos y siete hijas hermosos, y también un hermano, una hermana, sobrinos y sobrinas, con los que compartía los placeres de la vida sin apartarse por ello de sus más puras exigencias espirituales. Las propias alegría y serenidad del rey alcanzaban a sus súbditos, cuya existencia, sencilla pero intensa, de acuerdo con el equilibrio natural y las fuerzas del Universo, transcurría envuelta en el sosiego. El viejo reino de Anihabarad, su soberano y sus gentes disfrutaban pues de aquello que es máspreciado en toda naturaleza humana: paz, salud y riqueza anímica.

Pero quiso el destino que todo ello se torciera.

Un día, en el que toda la familia real visitaba las legendarias cuevas de Adjan, sobrevino la tragedia.

Las cuevas de Adjan eran unas enormes grutas llenas de estalactitas y estalagmitas, lagos interiores de aguas puras, minerales fluorescentes y pinturas ancestrales realizadas en las paredes por los antiguos moradores del reino. Una vez al año, toda la

familia real acudía a las cuevas, precisamente para honrar a esos primeros pobladores de las montañas, origen de su linaje.

Aquel día, cuando todos estaban dentro menos el rey, que atendía un inesperado asunto de Estado en la entrada de las cuevas, sobrevino un terremoto fulminante y la familia real quedó sepultada en sus entrañas. Nada pudo hacerse, ni siquiera rescatar los cuerpos, pues la montaña entera se había desplomado sobre ellos creando el más insólito mausoleo natural de la historia.

El rey Calib no pudo soportar aquel dolor y al día siguiente ordenó cien años de luto, cien años de recogimiento y meditación, cien años de absoluto silencio en el viejo reino.

Cien años.

Cuando aquel extraordinario período de tiempo hubo transcurrido, las gentes del viejo reino no solo habían olvidado hablar, sino que ni siquiera sabían el motivo de que no lo hicieran, el porqué, el cuándo o el cómo. Para los más viejos, la historia del rey Calib ya era una leyenda. Para los más jóvenes, su única realidad era la de su presente:

hablaban por signos, con las manos y con expresiones faciales. No habían conocido nada distinto, por lo tanto, no lo echaban de menos. Nadie añora aquello que desconoce. Los habitantes del viejo reino volvían a ser felices, tenían paz, satisfacciones espirituales, reían, amaban, vivían...

Pero con la dolorosa y singular decisión del rey Calib, a través del paso de los años, no tan solo habían perdido la facultad de hablar, sino también la de escribir o leer. Los letreros, los rótulos o las indicaciones del reino, al ser inútiles, fueron desapareciendo poco a poco. Y después lo hicieron los libros. En las escuelas ya no había nada que enseñar. Día a día, luna a luna, los habitantes de Anihabarad comenzaron a adaptarse a una nueva realidad con la que, finalmente, se sintieron cómodos.

Y así, la vida continuó.

El viejo reino era el lugar más silencioso del mundo.

En este momento empieza nuestra historia.

La historia de cómo recuperaron aquellas gentes el don de la palabra y algo más: el de la escritura y la lectura.